LOS VIAJEROS COSTUMBRISTAS

Conforme avanza el Setecientos se desarrollan la novela, el cuadro de costumbres y la literatura de viajes, que alcanza un vigor del que nunca había gozado antes. El auge de estos tres géneros, tan estrechamente relacionados, viene determinado por el triunfo de la burguesía y por el avance técnico de la imprenta y de las nuevas prácticas editoriales, que incorporan importantes sectores sociales a la lectura como una forma de ocio y de ilustración.

"Viajar con utilidad", como escribía Gazel a su maestro[1], fue una de las modas que más influyeron en los cambios de mentalidad y mejor caracterizan la vida en el Siglo de las Luces. Primero viajaban sólo aristócratas y burgueses ricos para perfeccionar su educación y ver mundo; después, también otros jóvenes más humildes, pensionados por gobiernos reformistas para aprender nuevas técnicas en el extranjero. Algunos se enrolaron en las múltiples expediciones científicas, comerciales, artísticas y arqueológicas que se organizaban. De tal modo proliferaron las ocasiones de viajar y se hizo tan corriente la figura del *viajero,* que muy pronto se convirtió en blanco de los escritores satíricos, dando lugar finalmente a uno de los *tipos* recurrentes de los costumbristas[2].

Es frecuente que el viajero, cualquiera que sea su condición y el objeto de su viaje, desee contar lo que ha visto, convencido del interés social de su experiencia individual. Pero no se limita a referir lo más externo y "oficial", aquello que no deja de ser, en última instancia, *informe* o *guía* monumental, sino que da cuenta y razón del paisaje, el folclore y la fisonomía moral de las sociedades que visita, poniendo en juego su capacidad de observación y de comprensión. Cuando ya en su estudio toma la pluma, no sólo transcribe su cuaderno de notas, sino que lo somete a un proceso de *literarización,* dándole forma de *epistolario, diario* o simple *relato* más o menos novelesco. Aunque se excuse del carácter sintético de sus apuntaciones, no renuncia a ningún recurso para mantener el interés del lector, como la multiplicidad de planos y perspectivas, el diálogo, el escorzo iluminador, etc. Y al evocar un paisaje o describir un monumento, pintar unas

[1] J. Cadalso, *Cartas marruecas,* ed. de Juan Tamayo y Rubio, Madrid, Espasa-Calpe (CC 112), 1967, "Carta I", pág. 9.

[2] Para una teoría sobre la evolución histórica del viajero, E.J. Leed, *La mente del viaggiatore. Dall' "Odissea" al turismo totale,* Bologna, Il Mulino, 1992.

costumbres o contar un suceso, destaca los rasgos más pintorescos y exóticos del entorno cultural que muestra, buscando colmar las expectativas de asombro y amena instrucción de sus narratarios, y creándoles la ilusión de que reciben las confidencias de alguien próximo.

Al referirse a usos y costumbres foráneos, que es lo que aquí nos interesa, este *viator* suele adoptar un punto de vista que le permite simultanear la aproximación física y el distanciamiento moral del objeto contemplado para subrayar el contraste y la lejanía de ese mundo con respecto a aquel de donde él procede. Esa especie de tensión entre dos realidades, marcada por la oposición *común/ insólito,* caracteriza parte nada desdeñable de los *itinera,* o *hodoepórica* en griego para más claridad. Se identifica generalmente el primer elemento con lo *normal* - el espacio doméstico compartido con el lector -, y el segundo con lo *anormal* - el espacio exterior y ajeno -, connotado a su vez como lo *incivilizado, atrasado* y *ridículo.*

Muchas veces, so capa de "hombre de bien", el narrador manifiesta su voluntad de ser objetivo y veraz, anticipándose a las objeciones que puedan suscitar sus juicios negativos. Pero esta declaración de principios no es más que una estrategia manipuladora de la credulidad del lector, quien así queda en disposición de admitir el subjetivismo de los comentarios, las generalizaciones excesivas, la tendencia a *tipificar* a los individuos, a identificarse con los prejuicios y a asentir, en fin, a la repetición de tópicos que circulan sobre el país visitado, presentados por el autor como agudas observaciones originales. Y no sólo eso, sino que, dejándose llevar por su imaginación, el narrador puede añadir de su cosecha fabulosas invenciones como si fueran verdaderas con la garantía de su testimonio. Cuando esto ocurre, el *libro de viajes* llega a convertirse en mera ficción al ser traicionada su pregonada intención instructiva por el efectismo y la exageración[3]. Para que esta práctica deformadora sea eficaz, es necesario que el narratario se haga cómplice del narrador y acepte su juego, renunciando también a la utilidad prometida en aras de la diversión; dicho de otro modo, que la imagen del extranjero propuesta por el viajero se corresponda con las *idées reÇues* de sus lectores, aunque sean "errores comunes". Ya Peter Hey-lin aludía en su *Microcosmos* (1621) a esas simplificaciones sobre los rasgos nacionales que aún hoy circulan: "(...) mientras se dice que los españoles parecen sabios,

[3] No olvido una parte importante de *viajes,* ficticios o no, en que el narrador adopta la postura contraria, recurriendo justamente a la perspectiva anterior, pero marcando con signo positivo el "espacio exterior" o, mediante una extrapolación, identificándolo con el "doméstico" para invitar a sus lectores a contemplarse reflejados en un espejo. No creo necesario recordar que me estoy refiriendo a la serie de *cartas chinas, persas, marruecas, familiares* y a la de *travels, voy ages, viaggi, itinerarios* y demás equivalencias. Más detalles en A. Maczak, *Viaggi e viaggiatori nell' Europa moderna,* Bari, Laterza, 1992.

siendo tontos, que los franceses parecen tontos y son sabios, que los italianos parecen sabios y lo son, no se afirma que los portugueses sean sabios ni que lo parezcan"[4]. Lógicamente, este donaire está planteado desde la óptica de un inglés que se dirige a un corro de paisanos, que seguramente se regocijarán con la ocurrencia sin hacer más averiguaciones sobre su fiabilidad[5]. Por el contrario, si el lector pertenece al "espacio exterior" y se reconoce como "objeto observado", rechaza la caricatura en que lo ha convertido el narrador.

Los españoles han sido muy sensibles a estos manejos "literarios", casi tanto como aficionados los viajeros extranjeros a subrayar sus extravagancias. Los ilustrados primero, y después los liberales, siempre preocupados por impulsar la modernización del país aproximándolo a los modelos europeos, reaccionaron a menudo con una mezcla de humillación, despecho y orgullo contra aquellos visitantes que en su pintura de España abusaron del color local, la navaja en la liga, la montera y el trabuco, como de la Guardia Civil después.

No sería difícil formar una gavilla de textos hispánicos dieciochescos que replicaran al motivo, cada vez más frecuente, de los *españoles vistos por los viajeros extranjeros,* cuya correspondencia exacta, los *extranjeros vistos por los viajeros españoles,* constituye la segunda parte de un retruécano que se adentra en la centuria siguiente. Aunque todavía los españoles viajaban poco en el siglo ilustrado, y la curiosidad de algunos se satisfacía con la visita al banquero, según comenta, sarcástico, Moratín[6], las *Memorias literarias* de Luzán (Madrid, 1751), la *Década epistolar* del duque de Almodóvar (Madrid, 1781), el *Viage fuera de España* de Ponz (Madrid, 1785) y las *Cartas familiares* del abate Andrés (Madrid, 1786-1794) son una prueba excelente de que algunos se movían[7]. Don Antonio Ponz, por ejemplo, si bien no fuera su intención observar "prácticas o costumbres", aprovechaba el Prólogo al Tomo Primero para arremeter contra quienes denigraban a su país:

[4] Citado por C. Guillén, "Imagen nacional y escritura literaria", en F. Lafarga (Ed.), *Imagen de Francia en las letras hispánicas,* Barcelona, PPU, 1989, pág. 474. La cita procede de P. Shaw Fair-man, España vista por los ingleses del siglo XVII, Alcobendas (Madrid), 1981, pág. 141.

[5] Puede consultarse R. Escarpit, "La vision de l'étranger comme procédé d'humour", en *Con-naissance de l'étranger. Mélanges offerts á la mémoire de Jean-Marie Carré,* Paris, 1964.

[6] *Viage a Italia,* ed. crítica de Belén Tejerina, Madrid, Espasa-Calpe (CC Nueva serie 24), 1991, p. 164.

[7] Aunque no -publicados entonces, hay que recordar el *Extracto de los apuntes del Diario de mi viage desde Madrid a Italia y Alemania (...) por los años de 1780 y 1781* de Viera y Clavijo (Santa Cruz de Tenerife, 1849), y el ya citado de Moratín *{Obras póstumas*, Madrid, 1867). Y no olvido, claro, los numerosos *viajes* en verso y prosa, impresos e inéditos, en que algunos jesuitas expulsos dejaron constancia de su exilio. Sobre ellos y otros laicos contemporáneos , M. Fabbri, "Viaggiatori spagnoli ed ispano-americani", en *Viaggi e viaggiatori del Settecento in Emilia e in Romagna,* Bologna, Il Mulino, 1986, I, pp. 339-410, e "II Veneto tra realtà e mito nelle relazioni dei viaggiatori spagnoli ed ispano-americani del Settecento", en *Spagna e Italia a confronto nell' opera letteraria di Giambattista Conti,* Lendinara, Panda, 1994, pp. 167-192.

"Echar en cara a toda una nación sus vicios o errores - escribe - con el fin de que los corrija, podrá ser en el nacional efecto de verdadero celo y amor a su patria: pero en un extranjero, que se propone ridiculizarla, burlarse de ella atribuyéndole defectos que no tiene y tal vez imputándole por vicios sus virtudes, es un atrevimiento abominable que se ve inicuamente divulgado en algunos viajeros que en dicho tiempo (veinte años) han caminado por España"[8]. Y en el Prólogo del Tomo Segundo insistía al terciar también en la polémica que suscitó el artículo sobre "España" que Masson de Morvillers publicó en la *Encyclopédie méthodique.* Lo que soliviantaba a don Antonio y a otros contemporáneos no era sólo que juzgaran el todo por la parte - la mayoría social petrificada por la rutina y no, también, la minoría selecta y avanzada -, sino que se atrevieran a juzgarlos *desde fuera.* La descalificación valía tanto para los disparates de viajeros poco escrupulosos como para las reflexiones de algunos *philosophes. Desde dentro de la tribu* no había inconveniente porque no hería la "pasión nacional", como diría Feijoo . La crítica era entonces recomendable y se hacía más llevadera. Incluso no se recibía mal por el público a tenor de la proliferación de novelistas y articulistas satíricos de la incipiente prensa periódica, quienes, conforme avanzaban en la investigación de la realidad inmediata, desembocaban en eso que Escobar ha denominado "mimesis costumbrista"[9].

La gran crisis con que empieza el siglo XIX reviste en España proporciones cuyas consecuencias se prolongarán durante toda la centuria. La pervivencia de los contrastes sociales y culturales, la inestabilidad política y el atraso económico determinarán la debilidad de la vida colectiva y la indefensión de la conciencia nacional ante los embates externos. Por contra, en los demás países, superadas las secuelas de las guerras napoleónicas, a la vez que mejoran las condiciones materiales, la vida cotidiana tiende a la uniformidad por efecto de la democratización institucional, el desarrollo económico y la creciente concentración urbana de la población. Entre los que miran tanto desde un lado como desde el otro va cundiendo la sensación de que los Pirineos constituyen la frontera meridional de Europa.

[8] Ed. de Casto María del Rivero, Madrid, Aguilar, 1947, p. 1663. Sobre este Prólogo G.G. Ribbans, 'A. E y los viajeros extranjeros de su tiempo", *Revista Valenciana de Filología,* V (1955-1958), pp. 63-89; y sobre el *Viaje* L. Romero Tobar 'A. P. fuera de España: su visión del París posrevolucionario", en F. Lafarga, ob. cit., pp. 437-450.

[9] "La mimesis costumbrista", *Romance Quarterly,* XXXV, pp. 261-170, y "Literatura de 'lo que pasa entre nosotros'. La modernidad del costumbrismo", en *Sin fronteras. Homenaje a María Josefa Canellada,* Madrid, Universidad Complutense, 1994, pp. 195-206. Para las relaciones entre narrativa y sátira en el Setecientos J. Álvarez Barrientos, *La novela del Siglo XVIII,* en R. de la Fuente (ed.), *Historia de la literatura española,* vol. 28, Madrid/Gijón, Júcar, 1991.

Para los españoles, sus vecinos representan Ja modernidad, el progreso; para éstos, aquéllos *conforman "la masa viviente más extraordinaria del mundo entero". Cuando* Georges Borrow[10] escribe esas palabras, muchos viajeros le han precedido en la publicación de sus *vivencias en* un país cuya imagen exótica, orientalizante y arcaica han colaborado muy eficazmente a crear. Algunos franceses e ingleses que combatieron en la guerra de la Independencia habían contado sus aventuras, batallas, marchas y prisiones en *recuerdos, cartas* y *escenas;* en ocasiones también se habían fijado en el *carácter* de los habitantes y en las costumbres del país que recorrían[11]. Siguieron su ejemplo unos cuantos *hijos de San Luis,* aunque cada vez son más los viajeros - escritores profesionales o de ocasión - preocupados por registrar paisajes y *moeurs, usages, costumes, customs* y *manners* pintorescos. Se acentúa, pues, lo popular y extraordinario que excite la imaginación del lector. Y no es raro que se le ayude con sugerentes ilustraciones de algún artista que haya acompañado al autor en su viaje.

A juzgar por el número de relatos y las reediciones que conocemos de algunos, debieron ser muy leídos y sin duda contribuyeron a la creación y difusión de la imagen romántica de España[12]. No parece, sin embargo, que gozaran de mucho éxito en la tierra que describían. Muy pocos fueron traducidos y casi siempre a destiempo. Ni siquiera merecieron atención los de Chateaubriand, Gauthier, Merimée, Qui-net y Georges Sand entre los franceses, ni los de Borrow, Ford e Irwing entre los escritos en inglés. Pero es inadmisible que no fueran conocidos por quienes en España estaban al día de la moda europea - vale decir de París -, o por quienes incluso sostuvieron relaciones amistosas con sus autores[13].

[10] *La Biblia en España o Viajes, aventuras y prisiones de un inglés en su intento de difundir las Escrituras por la Península,* ed. y trad. de Manuel Azaña, Madrid, Alianza (El Libro de Bolsillo 254), 1983, p. 152.

[11] No es necesario citar ejemplos. A los ya clásicos repertorios de R. Foulché-Delbosc y A. Fari-nelli hay que añadir ahora los de J. Alberich, *Bibliografía anglo-hispánica 1801-1850. Ensayo bibliográfico de libros y folletos relativos a España e Hispanoamérica impresos en Inglaterra en la primera mitad del siglo XIX,* Oxford, The Dolphin Book, 1970; y M. del M. Serrano, *Las guías urbanas y los libros de viaje en la España del siglo XIX. Repertorio bibliográfico y análisis de su estructura y contenido,* Barcelona, Publicacions Universitat, 1993.

[12] F. Calvo Serraller, *La imagen romántica de España. Arte y arquitectura del siglo XIX,* Madrid, Alianza Forma, 1995, pp. 15-29.

[13] Dos ejemplos: Fernán Caballero conoció a Irwing y al barón Taylor, convertido en el barón Moude *de La Gaviota (J.* Herrero, *F. C: Un nuevo planteamiento,* Madrid, Gredos, 1963, pp. 165-183); y Estébanez Calderón guió a Merimée por los pasadizos secretos de su itinerario (M. Bataillon, "L'Espagne de M. d'après sa correspondence", en *Revue de Littérature Comparée,* XXII (1948), págs. 255-266).

Menos aún podían ignorarlos los escritores de costumbres, siempre muy atentos a denunciar el intrusismo de los extranjeros que intentaran "describir moralmente la España"[14].

El viajero ultramontano es un *tipo* que funciona como elemento dialéctico, tácito o explícito, en los textos costumbristas, bien exentos como artículos de periódico, bien vertebrados en una estructura narrativa o dramática. Y, como era de esperar, también figura implícito en la escritura viajera de Mesonero Romanos, Lamente, Flores, Segovia, Ayguals de Izco, Ochoa... Al incorporarse éstos a la "manía de viajar" fuera de España, como satirizaría Bretón de los Herreros[15], y convertir en literatura su experiencia, acusaban la influencia de los precedentes inmediatos, es decir, los libros de viajes extranjeros, sobre todo franceses. Pero, al adaptarlos a las circunstancias españolas, los modelos sufrían una sustancial transformación.

Por paradigmático, el caso de Mesonero Romanos merece alguna atención. Aunque el *Curioso Parlante* se burle de los "viajeros franceses por España" en sus *Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica en 1840 y 1841*[16], contraponiéndoles el "gran caudal de juicio y buena crítica" de Ponz, Cabanillas, Rojas Clemente, Flórez y Villanueva, en la práctica sus "pobres borrones ", como los califica con falsa humildad, se acercan más a éstos, si bien introduce modificaciones que nacionalizan y renuevan el género. No se puede pasar por alto la advertencia dirigida al lector al empezar el cap. III para que adopte el punto de vista correcto desde el que debe juzgar la novedad de su obra: Mesonero no pretende escribir un "viaje crítico ni descriptivo", ni "convertir(se) en *(su)* propio cronista", ni, "puesto que se aprecia de hombre honrado, sacrificar la verdad al fútil deseo de cautivar la risa de sus lectores" (V, 263). El sentido me parece claro: de su ascendencia ilustrada este liberal moderado mantiene viva la exigencia ética del escritor y de utilidad de su obra, aunque renuncie a la gravedad de la crítica erudita. Tampoco hará concesiones al subjetivismo egocéntrico ni se dejará llevar por la fantasía, como los "viajeros poetas" contemporáneos - vale decir románticos -; pero una posterior alusión al carácter episódico y fragmentario de sus *Recuerdos,* la elección misma de esta palabra y el reconocimiento de lo relativo de sus opiniones apuntan a una conciencia del *yo* más acorde con su época.

Así pues, en el enfoque de la realidad los *Recuerdos* acortaban distancias entre los modelos setecentistas españoles y los extranjeros contemporáneos.

[14] R. de Mesonero Romanos, "Las costumbres de Madrid", en *Obras de Don (...),* ed. de Car los Seco Serrano, Madrid, Atlas (BAE 199), 1967,I, p. 38a.

[15] "La manía de viajar", en *Obras escogidas de don Manuel (...),* prólogo de Juan Eugenio Hartzenbusch, París, Garnier Hnos., s.f., II, pp. 409-410.

[16] *Obras de (...), V,* pp. 249-393. (Primera ed.: Madrid, Imprenta de don M. de Burgos, 1841).

Por cierto que entre los primeros debió de haber leído las *Cartas familiares* de Andrés, aunque no las nombrara, y quizá también algún manuscrito del *Viage de Italia* moratiniano. Por otra parte, resultaban de armonizar el descriptivismo de las *guías de forasteros,* sin otro fin que el informativo, con los recursos de la *mímesis costumbrista,* ambos integrados en la estructura narrativa del *viaje.*

Creo que de todos estos ingredientes dos son determinantes para establecer la originalidad de los *Recuerdos.* Uno es el significado particular que adquiere el estereotipo del *peregrino* al cambiar los papeles actuando de *observador* el español y de *observado* el extranjero. El sentido del itinerario es *de dentro a fuera* y no al contrario, como solía ser hasta ese momento, de lo que resulta que la realidad observable no es la española pintoresca, sino la ultramontana moderna y progresista. El viaje adquiere así un cierto sentido iniciático que, naturalmente, se proyecta sobre el narratario.

Mesonero asegura la eficacia de este mensaje utilitario mediante el otro ingrediente que conforma su originalidad, o sea su sometimiento a la verdad tal como la concibe en sus artículos de costumbres[17]. De este modo crea en el lector la ilusión de que la descripción de la fisonomía de una ciudad, de un monumento, la escena que *pinta* en el interior de una diligencia, los *tipos* con que comparte la *table ronde* de un *hotel* y el comentario personal sobre las ventajas de viajar en tren por toda Bélgica pertenecen al mismo nivel de la realidad. La calculada dosificación de estos elementos, estratégicamente distribuidos, permite reafirmar no sólo la conciencia artística del *Curioso Parlante,* sino su convicción de que introduce un género apenas representado en la literatura española, adecuándolo a sus facultades de escritor de costumbres: "justo será (...), y aún conveniente - escribe -, probar a entrar en la moda de los viajeros franceses (...), pero en gracia del auditorio sea todo ello reducido a las mínimas dosis de unos pocos artículos razonables" (Y 255).

Los *Recuerdos de viaje* se convirtieron en referencia obligada para quienes se acercaron al género después. Las variaciones que cabe señalar, como el desdoblamiento del punto de vista del narrador en la pareja de frailes que introduce Modesto Lafuente[18] o el estilo epistolar de Wenceslao Ayguals de Izco[19], son recursos narrativos de uso corriente en los artículos de costumbres que no afectan a la estructura profunda de sus obras, fieles a las pautas acuñadas por Mesonero.

[17] Léase de E. Caldera, "II problema del vero nelle *Escenas Matritenses* ", en *Miscellanea di Studi Ispanici,* Università di Pisa, 1964, pp. 101-121.

[18] *Viages* (sic) *de Fr Gerundio, por Francia, Bélgica, Holanda y orillas del Rhin,* Madrid, Establecimiento Tipográfico, 1842 (2 vols). L.F. Díaz Larios, "Viajeros costumbristas en Francia (En torno a los *Viages de F.G.)",* en F. Lafarga, ob. cit., pp. 451-457.

[19] *La maravilla del siglo, cartas a María Enriqueta, o sea Una visita a París y Londres durante la famosa Exhibición de la Industria Universal de 1851,* Madrid, Imprenta de W. Ayguals de Izco, 1852 (2 vols.)..).

Su autoridad es tan obvia para sus seguidores, que no dudan en recordarlo. Al entrar en la capital francesa, *Fr Gerundio* cita una frase cuyo origen aclara enseguida: 'Así encabeza *El curioso parlante* su primer artículo de París en los *curiosos* y *bien parlados apuntes* que con el título de *Recuerdos de Viaje* no ha mucho ha publicado" (I, 205). En una breve y fina carta viajera dirigida al director de *El Laberinto* (16 de agosto de 1844), Gil y Carrasco elude la ya tópica reseña parisina con una graciosa finta: "(...) juzgo mucho mejor para el periódico y más descansado para usted copiar uno por uno los artículos que sobre el mismo objeto escribió el Curioso Parlante, que (...), por (...) tener más juicio y talento que yo, es voto de algo mayor peso"[20]. Sea cual fuere su compromiso ideológico - progresista Lafuente, criptorrepublicano Ayguals -, todos, Mesonero incluido, viajan con el deseo de enseñar después a sus compatriotas, más que el localismo de unas costumbres, las ventajas materiales de la sociedad que ha iniciado ya el camino de la industrialización. Para los españoles, que habían acabado una guerra civil y que no lograban estabilizar su país, era una llamada de atención sobre los beneficios que reportaba la técnica, que aplicaba el vapor a las máquinas y a las locomotoras que arrastraban los vagones del ferrocarril.

Como es natural, esta huella se va borrando en los viajeros posteriores. Su desvanecimiento es paralelo al ahondamiento realista finisecular. Pero este es un apasionante itinerario que no es hora de emprender[21]: quede para otra ocasión.

Luis F. DÍAZ LARIOS
Universitat de Barcelona

[20] *Obras completas de don Enrique* (...), ed. de Jorge Campos, Madrid, Atlas (BAE 74), 1954, pág. 350a. J.-L. Picoche, *Un romántico español: E.G. y C. (1815-1846),* Madrid, Gredos, 1978, espe cialmente pp. 201-216 y 363-364.

[21] Véase ahora García-Romeral Pérez, *Los libros de viajes en el siglo XIX: análisis y biblio grafía de viajeros españoles por el mundo,* Madrid Universidad Complutense. (Tesis doctoral, cur so 1992-1993).